

Hormiguitas, verdes, deliciosas

JOAQUÍN ARMANDO CHACÓN

Creo que lo mejor es contar las cosas tal y como ocurrieron. Así lo haré, no hay por qué mentirles sobre esos hechos, incluyendo el spinifex.

Esta es la verdad, créanme, por favor.

El lunes anterior me desperté todavía cansado, con esa terrible flojera en el cuerpo de no haber hecho nada un día antes, es decir lo de costumbre en los últimos meses: levantarme tarde, bañarme a desgano, sin entusiasmo alguno ante las perspectivas imaginadas, ponerme cualquier ropa y luego ir caminando hasta la trattoria de Don Pascuale para tomar los dos cafés express, cortados con un poco de leche, dos cucharadas de azúcar, pequeñas, escuchar las opiniones de Don Pascuale por la globalización, la ineptitud de los gobernantes en el mundo, el descaro de las nuevas actricitas de pacotilla (así les dice Don Pascuale) que ahora les da por andar ligándose a muchachitos veinte años menores que ellas, y todos tan en santa paz.

“Ya ve”, me dice Don Pascuale al poner el primer express frente a mí, “ya ve, parece que eso lo puso de moda el Guido, aunque a lo mejor venía la costumbre desde antes, pero antes no lo publicitaban tanto en las revistas, y ya ve ahora. La primera vez que me di cuenta, que lo miré a toda plana y todo color, fue cuando salió la fotografía del Guido muy sonriente abrazando a la actriz, la norteamericana, ésa de la cual ya me olvidé su nombre, pero que usted debe acordarse bien”.

Eso me dice Don Pascuale desde hace meses, cuando inicié la costumbre de ir los domingos por la mañana a tomarme mis dos tazas de café a su local, me lo dice como si estuviera haciendo una crítica moral, pero yo sé bien que en el fondo está bastante orgulloso del Guido. El Guido es su sobrino. Sí,

ese Guido que estuvo saliendo en las fotografías de todas las revistas, todo sonriente de la mano o abrazando a la actriz norteamericana, la rubia esa, sí, ya no tan jovencita y más bien entrada en años, la que estuvo nominada al Oscar ese que dan allá en Hollywood cada año, sí, esa altota de piernas largas y busto generoso que antes salía siempre casi desnuda en las películas y después de interpretar el papel de un travesti la nominaron para el Oscar por mejor actriz. No le dieron el Oscar por supuesto, pero ahora hace declaraciones de que sólo quiere hacer papeles importantes y nada de desnudos. Esto me lo contó el escritor que vive allí enfrente de mi edificio, ése que por las mañanas y las noches me lo encuentro paseando a su perro, uno lanudo, bajito y gordo, blanco con manchas doradas, que me gruñe todas las veces. El escritor me lo dijo, pues yo no leo esas revistas, me basta con echarles un ojo a las que Don Pascuale me muestra cada vez que paso por su trattoria. Pero no voy a contarles ninguna mentira, total, para qué, por eso les digo que Don Pascuale no es italiano ni se llama Don Pascuale, su nombre es simplemente Pascual y tiene un apellido muy español. Algún día lo supe pero ya se me olvidó. Y cuando llegó aquí pensé en la enorme falta de la comida italiana en el barrio y por eso montó la trattoria y se llamó Don Pascuale. Y el Guido tampoco se llama Guido sino Guillermo, y tampoco es su sobrino, así que verán que no quiero mentirles en nada. Y, total, allí estaba el domingo en la trattoria de Don Pascuale y él me muestra la revista con la foto de esa otra actriz en plenos arrumacos con el negrito rapero veinte años menor que ella, y me muestra después los destrozos y los muertos por el suicida palestino en la cafetería israelita y luego los cadáveres de los niños palestinos por el misil israelita y luego vuelve a mostrarme la fotografía de la actriz y su adolescente rapero.

“Mire nada más”, me dijo Don Pascuale, “ya no hay orden en el mundo, está boca abajo, puras guerras y cuerpos desnudos”, y luego me soltó lo de siempre en estos últimos domingos: “¿Y a usted no se le hizo con la otra, señor Santiago, con la actrícita española, ésa que en la película llevaba un papel secundario? ¿No consiguió encamársela?”

Y le respondí lo de los últimos domingos: “No, Don Pascuale, para nada”.

Don Pascuale se me quedó viendo, como con lástima. “Serán los años”, dijo, “ya ve, ahora nada de jovencitas con hombres mayores, el mundo ha cambiado, señor Santiago, anda boca abajo, la cuestión ahora son las actrices mayores con adolescentes, ya ve: al Guido sí se le hizo”. Y entonces fue cuando Don Pascuale le prestó atención al libro. “¿Y eso? ¿Ahora gasta su domingo en lecturas?”

Le tuve que explicar que ese libro me lo había prestado mi vecino, el escritor, pues vive enfrente de mi casa, es de uno de sus autores favoritos, una novela.

“¡Ah, una novela! ¿Y de qué trata?”

“Pues de un pescador muy viejo que no ha podido coger un pez en ochenta y cuatro días”.

“Pobrecito”, dijo Don Pascuale, “de seguro se andaba muriendo de hambre”. Y se fue a atender otra mesa. Entonces me puse a pensar y hacer cuentas y comprendí esa coincidencia extraña, pues yo estaba casi en la misma circunstancia de aquel viejo pescador, solo en un bote en el Gulf Stream y llamado también Santiago. La diferencia estaba únicamente en que el viejo pescador no había cogido un pez en ochenta y cuatro días y yo no había tenido una mujer en mi cama en ocho meses y cuatro días. Ya ven, hice la cuenta con la calculadora que me regaló el señor Luntz por Navidad y con el calendario de bolsillo de la clínica del doctor Linares y así salió: ocho meses y cuatro días, pues ese domingo era cuatro de noviembre y en seis días más yo iba a cumplir treinta y siete años. Una coincidencia, digo, lo de las sumas. Total: tengo que contarles de Cristina aunque esa es otra historia, pero allí estaba ella en la suma. A Cristina me la había presentado el brasileño Severiao, sí, aquel que vivía en el último piso del otro cuerpo de mi edificio, un patio de por medio. Así es: Severiao, el de esa historia ya conocida por todos de pe a pa, no tiene caso ahondar en ello. El caso es que mucho después de aquel escándalo

me volví a encontrar a Cristina. Yo todavía estudiaba en la academia de cocina y la vi al salir de la tienda de la gorda Armenia, donde había pasado a comprar unos jamones y dos botellas de ese aceite que le mandan. La Cristina caminaba con la vista baja, los brazos caídos, pateando a veces el aire y no tengo para qué mentirles: me intrigó. La seguí disimuladamente a distancia, pero luego me las arreglé para hacerme el encontrable allí frente a la cafetería de los chinos. Qué tal, Cristina, tanto tiempo y todo eso que uno dice y también ¿qué le pasa? Porque la Cristina se veía mal. Total, nos tomamos unos cafés con leche y algunos bisquets allí con los chinos y Cristina me contó sus penas de amor mientras yo intentaba consolarla. Eran largas sus penas, así que hubo tiempo de hacerle los honores a esos albondigones con salsa que tan bien preparan. Para no mentirles les digo que luego le insistí mucho a Cristina para vernos otro día y fue así como comenzamos a vernos. Sí, sí, ya sé que Susana, Victoria y Jordi me estuvieron contando esos chismes, pero no les hice caso. Jordi es capaz de cualquier cosa y cuando no le va bien con alguna mujer inventa mil justificaciones para no admitir que sencillamente él no era el tipo adecuado, y con esa fama bien ganada que tiene. Lo de Victoria y Susana eran puros rumores, ellas qué saben. Y, sí, recuerdo que PamTekElha se mantenía al margen de esas conversaciones allí en el pequeño cuarto donde el café, la azúcar, los tés y las galletas, ya ven que ella apenas una galletita, un tecito, cualquier cosa de vez en cuando, siempre allá en su escritorio frente a la computadora, encargada especialmente por el señor Luntz para la señorita Pamela. Así le dicen ellos en confianza, ‘Pamela’, pero su nombre verdadero es PamTekElha, así nada más, sin apellido, y así es como yo la nombro siempre, pues es australiana. Sí, claro, en aquel tiempo ya estaban las miraditas y las sonrisitas de PamTekElha y ya ven, Victoria, Susana y Jordi me decían, pero desde entonces sentía un estremecimiento ante esas miradas y esas sonrisas. Susana, Victoria y Jordi se reían. Pero era como un presentimiento. Todos teníamos muy bien presente aquellas secas, duras, filosas y extranjerías palabras, una a una, con que la recién llegada PamTekElha cortó rápidamente el avance de Jordi. Yo las tenía muy fijadas junto al recuerdo del sonido de la voz. No, esas miradas me estremecían. Y ante las insinuaciones de Victoria, Susana y Jordi nada más buscaba la puerta de escape. Imagínense, un gordo de cabello

rojizo y enulado junto a esa chica de casi dos metros, con enorme cabellera negra, reluciente, esos ojos de fuego negro, los movimientos rítmicos con que sube las escaleras y ejecuta todas sus acciones corporales, la elasticidad de una pantera tras su presa y la voz como manantial de arroyo limpio. Me estremecía. Y recordaba lo que le dijo a Jordi, y sobre todo el cómo se lo dijo. Total: no.

Pero estoy adelantando acontecimientos sin haber terminado lo de Cristina. Pues sí, nos vimos varias veces mientras ella hacía los arreglos de su viaje, estaba harta de la ciudad, fastidiada, buscando ampliar sus horizontes. Y luego ocurrió que debía dejar su departamento antes de la fecha de su boleto de avión rumbo a su país. Así, una cosa fue llevando a la otra. Le ayudé a vender las pocas cosas que le quedaban y con dos pesadas maletas subimos los seis pisos hasta mi departamento. Total, iba a quedarse conmigo tres días. Susana, Victoria y Jordi no lo podían creer. Creo que hasta Jordi tuvo una cierta envidia y él y Victoria y Susana querían que les contara todos los detalles. Pero soy un caballero cabal. Ninguna

palabra salió de mi boca, excepto para describirles la preparación de los alimentos con los cuales atendí a Cristina esos tres días. Riñones con setas, regados con vino blanco y acompañados de arroz blanco. Una pasta rellena de morros de ternera sobre crema de apio, decorada con un hilo de tomate y otro de vinagreta. Lomito de cerdo al vinagre con puré de manzana y unas tartaletas de bartolillo. Para chuparse los dedos, les dije. Ni una palabra más. Mi reserva de ese asunto produjo una nueva admiración en PamTekElha, estoy seguro. Pero no voy a mentirles a ustedes, quien calla otorga y no es el caso. Durante tres días Cristina se explayó conmigo de sus amores con Lucinda. La bella Lucinda, ni más ni menos. Después de probar la comida se tendía en la cama, bueno, en el sofacama, mi departamento es pequeño, una habitación y baño, la cocina integrada, separada sólo por la mesa donde yo terminaba con las tartaletas y Cristina, en la cama, seguía contándome su larga historia de amor con la bella Lucinda hasta que ésta de un día para otro se le fugó con un hombre, aquel esmirriado abogadillo que vino a hacerle la auditoría al Ayuntamiento.



Pobrecita, hasta los muebles se llevó la tal Lucinda. Total: tres noches durmiendo en el piso. Por eso aquel terrible dolor en la cadera, los brazos y la espalda que les provocó tantas sonrisas y burlas a Victoria, Susana y Jordi. Por el contrario PamTekElha se mostró preocupada y hasta me ofreció aquel aceite extraído de la savia del spinifex, una hierba del norte de su lejana Australia, y nos comentó que allá se practican algunas veces ciertas posturas durante “esos ejercicios”, así fue su expresión, que terminan descoyuntando algunas partes del cuerpo y el aceite de spinifex logra curar con ensambles casi mágicos. Hasta se ofreció a explicármelo prácticamente. Me negué aterrado. Debo decirles que poco tiempo atrás circularon los rumores que PamTekElha había enviado al hospital a dos marineros que la habían molestado en el mesón griego del puerto. Y ante las risas de Susana, Victoria, Jordi y hasta del señor Luntz me retiré a mi escritorio. De todos modos PamTekElha dejó el frasco con aceite de spinifex y me lo llevé a casa. No sirvió de nada y fui a ver al doctor Linares. Total: entre consultas, medicinas, días perdidos de sueldo por ausencia, los gastos de la comida con Cristina y el préstamo que le hice, ya no fue posible conservar mis clases de cocina y las compras de viandas. Me resigné por un tiempo a las comidas sencillas. Victoria, Susana y Jordi opinaron que la dieta le sentaba bien a mi cuerpo.

Los domingos por la mañana transcurrían con los dos cafés express, cortados con leche, en la trattoria de Don Pascuale y el cansancio del insomnio de la noche del sábado. Me quedaba horas mirando el frasco de spinifex. Primero fueron brotando unas ramitas oscuras, dos, seis, diez, veinte, muchas, que parecían beberse el aceite. Le quité la tapa y las ramitas salieron al aire y en dos meses ya alcanzaban el medio metro. De una de ellas brotaron dos delgados brazos y un par de pequeñas flores negras. Las miraba como hipnotizado, me las imaginaba como los brillantes ojos de PamTekElha. No podía dejar de mirarlas y, si acaso, conseguía entrar al sueño, allí aparecía PamTekElha y yo era descoyuntado por completo. Cada noche de sábado era lo mismo, pues durante la semana estaba demasiado cansado, trabajaba horas extras y, además, las ramitas y las dos flores negras parecían producir con su ligero movimiento una melodía tranquilizante. El sábado no. Aunque también dejaba abierta la ventana, la primavera y el

verano tuvieron un clima magnífico, pero el sábado no se movían las ramitas lo más mínimo, no cantaban su melodía. Para no mirar las dos flores negras comencé a pedirle libros prestados al escritor que vive enfrente de mi edificio. Una novela a la semana, devuelta puntualmente, pues en caso contrario el pequeño perro lanudo no se conformaba con gruñir sino que hasta ladraba y me lanzaba mordiscos.

Ese domingo volví a leer por segunda vez la aventura de Santiago y su hermoso pez devorador por los tiburones y sentí pena por él. Fui a devolverle el libro a mi amigo escritor y aunque quería comentarlo con él no hubo ocasión, pues estaba ocupado en las correcciones de su quinta novela. El perro lanudo me mostró amenazadoramente sus dientes, aunque no ladró. Caminé un rato por las calles, me detuve donde Marla, comí dos sándwiches de carne cruda acompañadas de papas con crema y cervezas alemanas y regresé a casa. La ventana estaba abierta, pero las ramas del spinifex no se movían, estaban dobladas y también las flores negras parecían a punto de sucumbir. Todo el aceite estaba consumido. Total: les puse agua, hasta la coronilla. No me pregunten por qué lo hice. No lo sé. Estaba cansado. Treinta y siete años. Me puse el pijama, cepillé mis dientes y me dormí. En el sueño PamTekElha cantó una canción dulcísima y en mi cuerpo brotaron varios miembros más, superiores, inferiores y del centro también. Ese fue el primer lunes que desperté descansado y animoso. El otoño iba despidiéndose con una brisa fresca. Ya me había bañado y al terminar de vestirme las vi: eran rojizas las flores, del color de mi cabello, brotaban de varios brazos de todas las ramas de spinifex y le daban colorido a mi departamento. Me parecieron muy bellas.

Esa semana Jordi iba a estar de vacaciones y mientras Victoria y Susana fueron al banco central, yo aproveché para ir a contarle lo sucedido a PamTekElha, incluso me atreví con lo del sueño. Ella me escuchó con una ligera sonrisa, sin mostrar sorpresa alguna.

“Si le pasas una mano por encima, sin tocarlas, las escucharás cantar viejas leyendas de los pitjantjatjaras”, me dijo, “pero si lo haces, no las toques ni suspendas su melodía porque puedes perder la razón”.

Eso y muchas otras cosas me contó PamTekElha en la larga ausencia de Susana y Victoria. Total: la carne es débil, en

realidad eran más de ocho meses y cinco días, muchos más, y ella sonreía y adoptó una postura que válgame. Me atreví a invitarla a cenar el siguiente sábado y aceptó inmediatamente. ¿A dónde quería ir, al restaurante del famoso hotel recién inaugurado, al “Cambalache” con aquellos bifés gruesos, al “Viva Chihuahua”, mexicano y con sabor, quizás a la trattoria de Don Pascuale, o quizás a “La casa rusa” o al...? No, a ninguno de esos sitios:

“Va a ser tu cumpleaños”, me dijo PamTekElha, “y me han dicho que eres un gran cocinero, así que por qué no me invitas a tu departamento. Una cena íntima, de celebración, pero no es necesario que se enteren las otras chicas”, dijo sonriéndome.

Todos esos días anduve por las nubes, imagínense, con la cara bien metida en mi labor y en los pendientes dejados por Jordi. Todas las noches les puse agua a las ramas de spinifex pero nunca me atreví a pasarles una mano por encima, no deseaba perder la razón, si no es que ya la había perdido. Estuve estudiando todos los menús antes de decidirme por carne de ternera a la frambuesa en compañía de rollitos de col china y arroz con salmón y bacalao marinado, para terminar con una mezcla de sabores amargos y ácidos en contrapunto con lo dulce: una tarta de higos con ruibarbo y zanahoria dulce, decorada con unas hojas de menta fresca, y un café irlandés. Únicamente me faltaba seleccionar el vino adecuado.

Para el señor Luntz pasé desapercibido esa semana, Victoria y Susana no notaron nada extraño en mi conducta, ellas siempre se olvidaban de mi cumpleaños, igual que Jordi. El sábado fui a hacer las compras necesarias. El escritor paseaba a su perro lanudo, se alegró al verme pues traía en la mano el libro que me iba a ofrecer esa semana, con una buena recomendación, una novela de culto, me dijo, tenía un título sugestivo, Los largos días, pero no se lo acepté.

“Esta noche no necesitaba una novela”, le dije, “es especial, esta noche Santiago va a conseguir el mejor pez de su vida”.

Al llegar a mi edificio me encontré con una línea delgada de minúsculos puntos que se iba engrosando en mi camino hacia arriba por las escaleras, subí de dos en dos los

escalones, tenía prisa, había que deshojar la col y cocerla en abundante agua hirviendo con sal, y seguí subiendo a largos saltos, recordando la sonrisa de PamTekElha y la forma en que cruzó sus piernas al aceptar la invitación, y la línea verde sigue después del tercer piso, del cuarto piso, donde aflojé mi carrera, también cortar el ruibarbo en bastoncillos y añadirle el azúcar. En los primeros pisos me parecía como si alguien hubiera pintado una raya muy fina sobre los escalones, pero algo llamó mi atención y al agacharme para contemplarla, sorpresa, eran hormigas, realmente minúsculas y verdes subiendo una detrás de otra, o quizás en grupos de doce o veinticinco, tan pequeñas eran. Sí, eran hormigas, diminutas y verdes, y seguían en fila hasta el sexto piso, para irse metiendo, allí sí apresuradamente, amontonándose, exactamente por debajo del centro de la puerta de mi departamento. Qué curioso, pensé, no les atrajo el apetitoso olor de los guisos de la mamá de Elvira, ni el de los arengues de la familia rusa del departamento siete o el de los pucheros que prepara la familia del cinco, nada de eso, las hormiguitas venían directo a mi departamento. Eso pensaba al observar el barrunto de hormiguitas verdes por cruzar bajo la puerta. La abrí: ellas, más que minúsculas, casi invisibles si no se agrupaban, habían formado un montículo en el centro de mi departamento: un montículo verde creciendo milímetro a centímetro con extraordinaria rapidez. Puse en el piso la botella de vino recién comprada, blanco. (“Especial, incluso por el precio”, me dijo Don Pascuale, “ideal para el parcheo con su nueva esfera. ¿Porque es nueva, verdad?”) Y me afané primero en atrapar montones de hormigas verdes, húmedas, como café molido y pasado por agua, para meterlas en bolsas y lanzarlas por la ventana, pero pronto se acabaron las bolsas, entonces me puse a detener el paso del cortejo de hormigas verdes bajo la puerta, estaba loco, puse ropa amontonada bajo la puerta, papeles, libros, lo que encontraba, pero las hormiguitas seguían entrando, del gran montículo las recogía en sábanas y colchas haciendo bultos para lanzarlos por la ventana, pero la pirámide seguía creciendo, no podía mirar el fondo. ¿Qué las atraía? ¿Qué hay abajo? Finalmente, en la desesperación, llené de agua una cacerola para derramarla sobre el montículo. Se formó un cráter, pero otros grupos de invasoras pronto llenaban el hueco.

Y allí estaba la hermosa australiana en la puerta con su espléndida sonrisa, un vestido muy corto y muy escotado de color rosa pálido y una botella de vino tinto en las manos.

“Fue fácil llegar”, dijo PamTekElha, “la línea verde me condujo directamente”.

Entonces se desató el murmullo producido por los millones de minúsculas patas que comenzaron a rasgar en distintas direcciones aquellos sitios donde se posaban, fue un buzz buzz infinito revuelto con múltiples scrach scrach scrach e igual número de rasrasrasras y un ¡crash! producido por la botella de Viña Ardanza haciéndose pedazos en el suelo encadenado a un: “¡Oh, oh, maravilloso! ¡Por supuesto!”, y otras exclamaciones iguales que lanzó la preciosa chica, ojos bien abiertos, y la boca en una enorme O delimitada por unos labios adquiriendo un rojizo intenso mientras los dientes brillaban en el atardecer. “¡Maravilloso! ¡Hormiguitas, verdes, deliciosas! ¿Cómo lo sabías?”, las palabras atragantándose en un sonido diferente y ronco. Y las manos de PamTekElha, en un gesto rápido, imprevisto, subieron aún más el vestido, dos relámpagos de un diluido color caoba, antes de lanzarse al piso sin pudor alguno para atacar inmediatamente al montículo de hormigas verdes. Fue una carnicería. A cuatro patas PamTekElha tomaba puñados de las ahora inocentes hormigas y se las llevaba a la boca, crunch, rample, mastica, cronch, engulle, con una mano y con otra y, a veces, con el racimo verduoso en una de las manos aprovechaba para remojárselas en el charco del tinto derramado para sazonar a las pobres e infelices, diminutos chillidos que en su conjunto eran como alaridos provenientes del duodécimo círculo del infierno. Una terrible carnicería. Separadas las rodillas para contener la huida de aquellas que pretendían escapar por los costados de la pirámide, el vestido subido para ayudar a los movimientos, las espléndidas piernas al descubierto, el color rosa pálido salpicado de manchones verdes, a veces los brazos extendidos para cerrar el paso a la desbandada y la cabeza inclinada, sumergida en lo que antes era una montaña de hormigas verdes que ahora iba desapareciendo en la boca de PamTekElha, cronch, cronch, traga, cronch, saborea y más cronch. “¡Deliciosas, exquisitas, magníficas!, casi unos gritos, “¡Hasta con cascaritas algunas!”, y engulle y crash y

engulle. Ese espectáculo duró unos minutos. Engulle y engulle y un final eructo, tronante, y PamTekElha quedó de espaldas en el piso, piernas y brazos abiertos, una sonrisa satisfecha y una mirada extraviada dirigida al techo. Algunas sobrevivientes eran ráfagas verdosas hacia los cuatro puntos cardinales, y muchos de esos manchones, una pincelada violenta, desaparecían todavía en las manos de PamTekElha. El aullido de quienes eran atrapadas en el punto de aduana hacia la sobrevivencia. Aquellas hormiguitas que habían conseguido escapar dejaban raspones y magulladuras en las paredes y en el sofá cama y en el alféizar de las ventanas.

“¡Ma-ra-vi-llo-so!”, pronunció PamTekElha, los ojos cerrados, una terrible sonrisa en los labios despintados, la satisfacción de la gula, brazos y piernas separadas como una representación femenina del dibujo de Leonardo, los restos de la batalla esparcidos a su alrededor. “Delicioso, el mejor manjar de todos los posibles”.

No quise molestarla, me puse a limpiar los restos de vino tinto, recogí los pedazos de vidrio, examiné los desperfectos, fui al baño y oriné. Al volver, PamTekElha se estaba incorporando. Se arregló el vestido, mojado, pegado al cuerpo.

“Me he despeinado”, dijo, y entró al baño.

Yo necesitaba un whisky, algo que calmara esa angustia en mi estómago, ese palpitar en mis sienes, el zumbido en los oídos, ese minúsculo, continuado y ensordecedor ruido de locura, desesperación y pánico de los minutos anteriores. PamTekElha salió del baño.

“Ha sido todo un placer inesperado”, arreglando los pliegues del vestido en las caderas, la cintura y el pecho. “Las hormigas verdes son mi alimento favorito. Se ha hecho tarde y ha sido suficiente. Me voy”.

Sí, así fue mi fiesta, mi cena de cumpleaños. No les mienta. Así terminó. PamTekElha me dio un beso en la mejilla y se dirigió a la puerta. “La próxima vez...”, inició la promesa pero sin continuar, sus ojos brillaron, sus dedos tomaron un minúsculo terrón verde refugiado en la jamba de la puerta, el débil e inútil pero sobrecogedor alarido de lo inevitable, se lo llevó a la boca y después comenzó a bajar lentamente por la escalera, tarareando una canción de amor. 🐜